

CAMINAR CON MARÍA

FLORENCIO GARCÍA CASTRO, c.m.f.

CAMINAR CON MARÍA

PRÓLOGO DE FABIO CIARDI, o.m.i.



Ciudad Nueva

Madrid - Bogotá - Buenos Aires - México - Montevideo - Santiago

1ª reimpresión: febrero 2008

Imagen de cubierta: *La Anunciación*, de Fra Angelico
© Museo Nacional del Prado - Madrid

Diseño de cubierta y maquetación:
Antonio Santos

© 2007, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-120-7
Depósito Legal: M-

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Publidisa

Prólogo

El viaje como parábola de la vida humana está presente en todas las culturas de todos los tiempos. La Escritura lo utiliza de manera recurrente para indicar la naturaleza evolutiva de la vida espiritual. En el pueblo de Israel, amar al Señor Dios y ser fieles a sus mandatos se expresa con «*caminar por sus caminos*» (cf. *Dt* 30, 15-16) y «*caminar en su presencia*» (cf. *1 R* 2, 4). «*Caminar con Dios*» indica un vínculo especial con Él (cf. *Gn* 3, 22.24; *Mi* 6, 8). También Jesús propone a todos sus discípulos que lo sigan, y Él mismo se revela como *el Camino* (*Jn* 14, 6). Así, el nuevo pueblo de Dios, como el antiguo, se revela como un pueblo en camino, hasta el punto de que se denomina el cristianismo simplemente «el Camino», y a los primeros cristianos, «los seguidores del camino de Cristo» (*Hch* 9, 2; 18, 25; 19, 9.23; 22, 4; 24, 14.22). A continuación, los Padres y los maestros espirituales han descrito el camino articulándolo en distintos itinerarios, dando vida a una rica doctrina con etapas, grados, subidas...

Pero hay una persona que cumplió a la perfección el camino de la vida espiritual siguiendo a Cristo: María, la discípula perfecta. Mirándola a ella, Chiara Lubich, la fundadora del Movimiento de los Focolares, intuyó a principios de la década de 1960 que podía reflejarse en las

etapas de su «santo viaje» y encontrar en Ella el modelo para su santidad. Y describió el camino espiritual como una *via Mariae*.

Los textos marianos de Lucas y de Juan se han de leer desde una perspectiva dinámica en la que la experiencia de María, desde la Anunciación hasta Pentecostés, refleja su constante y creciente fidelidad al designio injertado en el misterio de Cristo y del Espíritu. Unos años más tarde, la *Lumen gentium* hablaría del «camino de la fe» y de la «fidelidad» de la Virgen (n. 58).

En este libro fresco y esencial, el padre Florencio retoma estas intuiciones y las hace suyas con una sencillez desarmante y a la vez con una profundidad inesperada. En él se percibe una experiencia de vida y al mismo tiempo el fruto de un apasionado estudio de la Escritura. Con discreción y sensibilidad psicológica, nos lleva de la mano a lo largo de la *via Mariae* y nos enseña a reflejarnos en ella y a traducirla en vida. Verdaderamente, tal como él escribe, «la Palabra de Dios es la luz que ilumina nuestro camino, nuestra vida».

El que quiera seguir este curso de ejercicios no se encontrará con propuestas abstractas de virtudes cristianas o ante una meta estática y más bien estereotipada de santidad. Siguiendo a María, el padre Florencio nos ayuda a ser conscientes de que formamos parte de una historia de salvación, una historia de amor en la que Dios toma la iniciativa, marca las imprevisibles etapas, nos pide una apertura fiel a las sorpresas que nos depara y una respuesta sincera a su amor en las vicisitudes concretas de la existencia.

Este joven religioso claretiano, que terminó su «santo viaje», siguiendo las huellas de María, el 6 de mayo de 2005 a los 46 años de edad, nos ha dejado en estas páginas un ardiente testimonio de vida. Como profesor de Teología de la Vida Consagrada en Roma, escribió también libros de alto contenido doctrinal. Pero en este pequeño libro, aunque nunca habla abiertamente de sí mismo, uno capta algo muy personal: las etapas de su camino interior. Al menos así ha sido para los que lo conocieron, y yo tuve la alegría de estar entre ellos. La semana antes de su muerte imprevista, tuvimos un profundo coloquio. «Me siento libre –me dijo con sinceridad–, estoy completamente desprendido de todo, puedo decir de verdad que Dios es mi único bien, el único amor, el todo de mi vida. Estoy dispuesto para la nueva misión que los superiores me han encomendado: Filipinas».

Cuando, en estas páginas, se pregunta: «¿Cómo vivir bien las pruebas que encontramos?», uno intuye que se refiere también a las pruebas a las que Dios lo había sometido para que cumpliera aprisa su viaje siguiendo los pasos de María. «Para salir de la oscuridad –sugiere– es necesario vivir en el amor, en la caridad perfecta». Él había alcanzado el amor, como atestiguan los que vivieron con él los últimos meses. «Estas pruebas –continúa su enseñanza– tienen un nombre: Jesús abandonado, que es oscuridad, tentación, soledad, duda, etc. Lo importante es descubrirlo detrás de cada prueba». Y él lo descubrió hasta abrazarlo como al único amor: «es nuestro esposo». Y anota además: «Un modo de superar las pruebas es comunicarlas a nuestros superiores, a un padre espiritual o al confesor». Y es lo que hizo con sinceridad y sencillez, y la prueba se convirtió en «cosa normal de la vida, que de-

be llegar». Así descubrió que «amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas y aceptar las pruebas que el Señor nos manda es la vía maestra para encaminarnos hacia la santidad». El último pensamiento que escribió en su diario, el 29 de abril de 2005, dice: «He recibido una gracia enorme: saber cuál es el fin de mi vida: ser santo. Dios me llama a la santidad con solemnidad y serenidad. “Con una muy determinada determinación” (expresión de santa Teresa), he dicho Sí. Seré santo para gloria de Dios y para gloria de María. ¿Cómo? Amando a Jesús abandonado y a María desolada siempre, enseguida y con alegría».

Así llegó, me parece, a lo que se llama la «segunda elección de Dios», «un don de Él, no algo que consigamos porque nos empeñamos en ello». La explicación de este momento del camino espiritual del padre Florencio la deduce de la doctrina espiritual común, pero, por cómo la ilustra, se percibe su experiencia personal. La define como «un salto en el vacío, que consiste en elegir vivir solos exclusivamente por Dios. Vivir solos, en cierto sentido, sólo por Dios. [...] esta elección hemos de hacerla a solas, precisamente porque el motivo de esta elección es el amor puro a Dios, y no otras cosas. Y por otra parte sentimos también mucho miedo a hacer esta donación, aun sintiendo que Dios nos llama allí [...]. Estamos a solas con Dios, con la generosidad total que debemos tener con Dios. [...] Pero cuando por fin conseguimos dar este paso, encontramos una paz enorme [...] el alma está injertada en Dios, encuentra en Dios la unidad, la alegría, la paz, la tranquilidad, ya que todo lo que hace, lo hace por puro amor. Y si llegan dificultades, no se turba, porque está en otra dimensión».

Así encontré al padre Florencio unos días antes de su partida. Merece la pena recorrer –y además con su ayuda de verdadero amigo– el camino que lleva a la plenitud de la vida, el camino de María.

FABIO CIARDI, OMI

